

## XIII

—¡Pero, mi querido amigo! ¿De dónde viene usted con este tiempo de perros?—exclamó Ravi al presentársele Pepe chorreando agua y lleno de lodo.

Pepe le refirió en pocas palabras lo acaecido, y expresó también su remordimiento por el estado en que había vuelto don Diego.

—¡Dejemos obrar a Dios!—le dijo don Marcantonio encapillándose de prisa el sobretodo—. ¿Que se muere? Si no se tratase de un cristiano, diría que me alegro. Le está bien, por haber querido alternar con los jóvenes. No lo digo por usted, don Pepe; usted no es culpable. Es la mano de Dios. ¡Rosa, el paraguas!... Vamos, don Pepe...

Encontraron a don Diego presa del delirio, con una fiebre de caballo y a Estrellita que lloraba, asustada por las incoherentes palabras de su marido, que la tomaba ya por una, ya por otra de las precedentes mujeres, pidiéndoles cuenta y razón de las faltas que habían cometido.

—¿Eres tu el espíritu de Luzza? Te conjuro en nombre de Dios, dime lo que quieres...

El delirio duró mucho; después los espíritus abandonaron a don Diego, que quedó postrado por la fiebre.

Estrellita, Pepe y don Marcantonio, velaron

al enfermo toda la noche. En el silencio profundo empezó a oírse jadear a don Diego.

—Como hay Dios, que esto es una pulmonía—observó don Marcantonio.

Y los tres se miraron a los rostros, a la débil luz de la lámpara.

La pulmonía, en efecto, se declaró a la mañana siguiente, y el médico confesó que peligraba la vida del enfermo.

Frente a la muerte, casi en acecho allí, junto al lecho sobre el que yacía sepultado bajo las mantas el frágil cuerpecillo de don Diego, con el largo mechón de pelos enroscado como una serpiente sobre la mejilla, los tres acompañantes experimentaron casi un secreto remordimiento por los pensamientos y promesas que les sugería aquella muerte. El que más agudamente lo sintió fué Pepe; la que menos, Estrellita. Y cuando a don Marcantonio, en medio del silencio y mirando a su hija y al amigo, se le escaparon de los labios estas palabras: "Ya estamos, hijos míos..." suspiraron los tres, e inclinaron la cabeza, como en espera, no de la liberación, sino de una verdadera desventura.

Y durante todo el curso de la enfermedad, no regatearon los cuidados a don Diego, agarrado a un hilo de vida, como a un arbusto colgante al borde de un precipicio; le asistían con emulación, activos y solícitos. Y como si su conciencia experimentase verdadero alivio y alegría al prodigar tales cuidados, cada uno pretendía toda la carga para sí, quitándosela a los otros; y así todo era entre ellos atenciones e insistencias mutuas para que cada cual comiese algo y durmiese un poco.

De los tres, el que menos se cuidaba era Pepe; pero la fuerza con que tan gallardamente resistía al sueño y al apetito, no procedía de su voluntad; era que realmente no podía dormir ni comer sostenido por el pensamiento y el sentimiento de la propia felicidad inminente; había ya llegado; estaba ya en vísperas de su fortuna, casi alentado por las miradas y las palabras de Estrellita, con la plena certeza de ser amado, en aquellos días de estrecha intimidad, y de que también ella se sentía llegada al umbral de una vida nueva, feliz.

Don Marcantonio, empero, no les perdía de vista.

—Se están inflamando—se decía, torciendo la boca.

Hasta que una noche, al cruzar el pasillo, le pareció oír como el chasquido de un beso en el saloncillo a oscuras, y se puso a toser. Luego llamó a Pepe aparte, y le dijo quedo:

—¡Por Dios, don Pepe, prudencia! Seamos hombres... Parece que, por la voluntad de Dios, hemos llegado...

Pepe fingió no comprender, y le preguntó en tono ingenuo:

—¿Por qué?

—Por nada—contestó don Marcantonio—. Pero le repito que tengan prudencia. Piense, por Cristo vivo, que todavía está ahí el marido. Este animal es capaz de resucitar, por tener siete vidas como los gatos. Y entonces, ¿qué papel hago yo aquí? Nada, don Pepe... Como dos y dos son cuatro: o tiene usted prudencia, o le echo sin contemplaciones. No admito tonterías.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, N.L. 2000

## XIV

Aunque don Diego había ya entrado en la convalecencia, Pepe Alletto salía, una noche, radiante de felicidad de casa de ella, cuando, al llegar a la entrada del Rábato, más allá de la Via Mazzara, se encontró con Mauro Salvo, que le esperaba en compañía de sus hermanos y de sus primos.

Sin necesidad de mucha perspicacia, Pepe se había dado cuenta del enamoramiento de Mauro Salvo, desde la primera vez que volvió a ver a Estrellita en casa de su marido. La misma Estrellita se lo había confirmado, riéndose, más adelante. No había, pues, ningún peligro por esa parte. Pero Pepe conocía bien a Salvo, y le sabía capaz de toda violencia bajo el acicate de los celos. Así que, no por miedo, sino por no dar lugar a ninguna otra escena comprometedora, se había comportado hasta entonces de manera a no ofrecerle el menor pretexto. Sentíase, además, protegido por el afecto de los dos hermanos Totó y Gasparino y de los primos Garofalo, que desaprobaban el proceder de Mauro, quien les hacía correr el riesgo de que se les cerrara la puerta de la casa de Alcozer, donde, en compañía de Estre-

llita, y con el beneplácito del marido, se pasaban deliciosas veladas.

Pero, últimamente, por la enfermedad de don Diego, se les había cerrado aquella puerta; y ahora, por este motivo, estaban de acuerdo con Mauro, si no en los celos que éste sentía, por lo menos en la envidia que inspiraba Pepe, para quien la puerta continuaba abierta... Ya Pepe había notado aquel cambio en el ánimo de sus amigos, y más de una vez había procurado esquivarlos. Pero, en aquella ocasión, ellos, con Mauro a la cabeza, le salieron al encuentro.

Mauro le dijo bruscamente, deteniéndole:

—Ven conmigo. Tengo que hablarte.

—¿Por qué?—le preguntó Alletto, tratando de sonreír—. ¿No puedes hablarme aquí?

—Hay demasiada gente—le contestó secamente Mauro—. Anda.

Pepe se encogió de hombros, e hizo un gesto con los labios para significar que no entendía lo que pudiera querer de él, con tal aire de pendencia y de misterio, y dijo:

—No sé...; pero creo que mis asuntos no molestan a nadie.

Salvo le replicó en voz alta y con violencia:

—¿Tus asuntos? ¿Cuáles, muerto de hambre?

—¡Ah!—exclamó Pepe—. Mira bien lo que dices.

—Muerto de hambre, sí—ratificó Mauro, en actitud amenazadora—. Y no me repliques, o te reventio a puñetazos.

Pepe alzó los ojos al cielo, abierta la boca, como para decir: "Se me acaba la paciencia." Después, dijo:

—Comprende, querido, que ni me gusta ni tengo ganas de dar un espectáculo con nadie.

—Está bien—se apresuró a replicar Mauro—. Y ahora, puesto que quieres ser prudente, fíjate en lo que voy a decir: que no vuelvas más a casa de don Diego Alcozer.

Semejante conclusión no podía convenir a Alletto... Ahora, especialmente. (¡Oh, Estrellita, qué gozo!)

—¿Cómo? ¿Por qué?—preguntó el rival con fingido estupor—. ¿Quién puede prohibírmelo?

—¡Yo te lo prohibo!

—¿Tú? ¿Y por qué?

—Porque así me place. No voy yo, tampoco debes ir tú. Ni tú, ni nadie. ¿Has entendido?

—¡Esa sí que es buena!—exclamó con risa forzada Pepe—. ¿Y si Raví me lleva con él?

—¡No vas!—replicó, obstinado y amenazador, Salvo—. Si no, haz la prueba. Mañana estaré yo allí, de guardia, junto a la puerta. ¡Ay de ti, si te veo entrar! No te digo más. Y ahora, vete a casa.

—Te saludo—balbuceó Pepe, atontado por la perentoria intimación.

## XV

Al oír la campanilla de la puerta, doña Bettina gritó, como de costumbre:

—¡Límpiense los pies!

—Me los he limpiado—contestó Pepe al entrar— en los pantalones de alguien que no quiere ocuparse en sus asuntos.

La madre se asustó:

—¿Otra pelea?

—No...; pero casi—se apresuró a tranquilizarla Pepe—. Me ha faltado poco para hacer otra de las mías.

—¡Por Dios, hijo mío!—gimió doña Bettina lanzando esta exclamación, en el tono con que acostumbraba a requerir a su hijo.

Parecía haber envejecido diez años desde la muerte de Filomena. No había querido mostrar con lágrimas su pena; pero era evidente que le seguía devorando el corazón, calladamente.

Pepe, levantando los puños, gritó:

—Ya le arreglaré las cuentas... Ya he tenido un duelo... ¡Ah! Pero veremos, veremos...

Y se puso a ir de un lado a otro de la habitación, como un leoncillo en la jaula. Doña Bettina le miraba con la boca abierta, como atontada; después, cruzando las manos, imploró:

—Dime, por Dios, lo que te ha ocurrido, Pepe... Me estás matando...

—Nada—contestó él—. Unos amigos míos... ¿Se cena o no se cena esta noche?

—Pepe—le amonestó la madre—. Te advierto que a mis años no puedo sufrir tantos disgustos... No puedo más, no puedo más. Y tú serás el causante de mi muerte, tú sólo. ¿Lo oyes? Tú sólo...

—Bueno, mamá..., basta; no hablemos más de esto—murmuró Pepe. Y se puso a cenar con buen apetito.

Con el recuerdo de la suprema alegría que le había dado Estrellita, trataba de acallar la vergüenza por la afrenta recibida y la preocupación por la amenaza de Salvo. ¡Ah, Estrellita, Estrellita era ya toda suya y para siempre! ¿Quién hubiera podido arrancársela de los brazos?

—Esperamos a que muera, y veremos—pensaba aludiendo a don Diego.

Aplazaba así, mentalmente, el encuentro con Salvo hasta la muerte de Alcozer, para no pensar en el día siguiente, en el que, con arreglo a la amenaza, había de encontrar a su rival a la puerta de don Diego. Mirando a lo futuro, sentía que su posición sería mucho más fuerte que la de Salvo; pero este pensamiento no lograba, sin embargo, alentarle del todo para la prueba del mañana.

No cerró los ojos en toda la noche, pensando en lo que hubiera podido responder al rival. Ahora las palabras le afluían, y se decía: "¡Qué imbécil he sido!"

Al mismo tiempo, en la cama próxima, doña Bettina, cuya cabeza no estaba ya en sus completos cabales, tenía un sueño bastante raro. Vió aparecer a don Diego, sonriente y ceremonioso;

se inclinó, poniéndose una mano en el corazón, se arrodilló ante ella, le tomó una mano, y se la besó, suspirando: "¡Oh, Bettina! En gracia del antiguo amor..." Entonces ella se echó a reír, y don Diego, molestado por aquella risa, le propuso este tardío arreglo: cedía su mujer, demasiado joven para él, a Pepe, a condición de que doña Bettina le aceptase por marido: "Unión de dos viejos que piensan en la paz, unión de dos jóvenes, que arden en amor..."

En este punto se despertó y vió a Pepe que, medio sentado en la cama, con la espalda apoyada en la almohada subida en la cabecera, decía con los dientes apretados y un brazo en alto:

—¡Y yo te mato!

—¡Pepe! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—exclamó ella.

—Nada... Estoy pensando...

—¿A estas horas? ¿Qué tienes?

—No tengo sueño y pienso—replicó Pepe, de mal talante—. Duérmete, duérmete...

Doña Bettina calló un momento y reclinó la cabeza en la almohada; pero después, suavemente, insinuante, algo cohibida, tratando de provocar una confidencia por parte de su hijo, preguntó:

—¿En qué piensas?

Pepe no contestó. Al cabo de un rato, moviendo la cabeza, murmuró en el silencio del cuarto:

—Muerto de hambre...

—Perdona a tu padre, que se perdió por sus locuras...—imploró la madre, suspirando a su vez.

Y de allí a poco, la viejecita, apenada, se volvió a dormir.

## XVI

Ni siquiera quiso Pepe deliberar respecto a no ir el día aquel a casa de Alcozer: hubiera sido lo mismo que ceder a Salvo todo derecho sobre Estrellita y dar al mismo tiempo la prueba más ostensible de un temor que no quería reconocer en sí. Al acercarse la hora de la visita acostumbrada, fué a buscar a Raví para ir con él; seguramente Salvo no se atrevería a agredirle al verle en compañía del padre de Estrellita.

Pero ni don Marcantonio ni su mujer estaban en casa.

—Están en casa de la señorita, desde el mediodía—le anunció la criada—. ¡Quién sabe lo que habrá ocurrido, señorito Pepe! Con usted no puedo hablar... La pobre señorita está sacrificada.

De nuevo en la calle, Pepe se puso a reflexionar. "¿Iré? ¿Es esto prudente? ¿Qué dirá la gente si llegamos a las manos bajo las mismas ventanas de la casa de Estrellita? Yo no respondo de mí; ayer me contuve, pero hoy, si le veo, le mato, palabra de honor. ¿Y qué voy ganando? De otra parte, ellos son cinco. ¿Tiene, pues, de particular que me haga yo acompañar de alguien?"

Y, pensando así, se encaminó a pesar suyo a casa de su cuñado. Harto temía que éste le obli-

gase a un nuevo lance, por lo que, la noche anterior, se había apresurado a descartar el partido de ir a verle, aunque fuese para el caso un acompañante mejor que Raví. Estudiaba ahora el modo de proponérselo a su cuñado, sin que se sulfurara.

Ciro, desde la muerte de su mujer, no había vuelto a salir de casa. A los numerosos clientes que acudían a encomendarle asuntos, les respondía enigmáticamente:

—Tengo antes que atender a la reparación de otros yerros. Lamento no poder servirles.

Y los aludidos yerros eran los de la difunta respecto a la educación de sus hijos. Estimulado por la idea de hacer de ellos dos hombres fuertes, los había puesto bajo su dirección y los adiestraba en la escuela del valor, de la fortaleza y del peligro. Les obligaba, por ejemplo, a correr desnudos durante cerca de media hora, alrededor del profundo estanque del jardín, y a arrojarse luego al agua helada.

—¡Así hacían los antiguos romanos! ¡O muertos o nadadores!

Después les ordenaba:

—Secaos al sol.

Y si el cielo estaba nublado:

—No hace sol. Lo siento. Secaos a la sombra.

Nada de colegios: mejor unos bestias fuertes, que unos doctos tísicos. Primero la educación física, después la moral.

—Yo os educaré.

Pepe le encontró dando una lección de pugilato a los dos muchachos, en el despacho.

—También a ti te convendría un poco de este

ejercicio—le dijo Ciro—. Tienes una cara de muerto, que me da grima mirarla. Ven. Deja que te toque el brazo..., dóblalo.

Le palpó el bíceps, y después, mirándole como con ascó, le preguntó:

—¿No te da vergüenza? Flojo, flácido, fofo, repugnante... ¡Vete a arrojarte al mar!...

—Gracias por la acogida—le contestó, sonriendo, Pepe—. Haz reír a los chicos. Después de todo, tienes razón. Quisiera ser como tú, capaz, por ejemplo, de tener a raya a media docena de asaltables. El valor, sí, está bien, pero sólo él, sin la fuerza, no basta.

—Defecto de educación—declaró Ciro, dominado por la idea fija del momento.

—Ciertamente, la educación influye mucho—asintió Pepe.

—¿Mucho? ¡Todo!—replicó Ciro exaltándose—. Y tú hablas así porque no te avergüenzas de seguir durmiendo en el mismo cuarto que tu madre.

—Tienes razón, sí... Pero di también que, en nuestro pueblo, son muchos los que se meten en lo que no les atañe.

—Eso no es óbice ni es modo de razonar...—dijo secamente Ciro.

—¿Que no? ¡Si supieras lo que me pasa!—exclamó Pepe, moviendo la cabeza y con una triste sonrisa.

—¡Ah! ¿Te han hecho alguna otra?—interrogó Ciro con viveza y en tono sarcástico—. ¿Pero te han tomado por un mico, querido?

—Nada de eso—respondió Pepe, resentido—. Bien sabes que no soy cobarde: he sabido dar una bofetada a quien se la merecía...

—Por combinación...

—Y he sabido batirme en duelo...

—Por fuerza.

—Pero ahora son cinco contra uno.

—¿Quiénes son?—preguntó Ciro frunciendo el ceño.

—Mauro Salvo...

—¿Ese majadero con ojos de pulga?

—Ese, con sus hermanos y con sus primos los Garofalo... Son cinco, ¿comprendes? Mauro está locamente enamorado—sin ser correspondido, ¿sabes?, y yo puedo decirlo—de..., de la señora de Alcozer: ya la conoces, la hija de Raví. Pues figúrate que Mauro pretende que no vuelva yo a casa de don Diego; ni yo, ni él, ni nadie, dice... Ha añadido que me pesará si voy esta noche... Que me esperará a la puerta con los otros...

—No comprendo—dijo Ciro, sulfurándose—. ¿Una coacción?

—Una coacción, sí... Pero piensa que son cinco...

—Ya. Y tú has dicho que no volverás a ir.

—No—replicó Pepe, sonrojándose.

—Pero estás aquí... Y tienes miedo—declaró, ya fríamente, Ciro—. Lo veo en tus ojos: tienes miedo. ¡Ah! Pues irás esta noche, ahora mismo... Coacciones, ni Dios. Irás conmigo.

—¿Adónde?

—A casa de Alcozer.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Lo que tarde en vestirme. ¿A qué hora sueles ir tú?

—A las seis y media.

Ciro miró el reloj, y después, exclamó estupefacto:

—¡Qué cobarde eres!

—¿Por qué?—baluceó Pepe.

—Son las siete menos cuarto... Pero no importa: los encontraremos. En cinco minutos estoy vestido.

Salió a escape, volvió antes de los cinco minutos, poniéndose la americana.

—Espera, Ciro..., la corbata—le dijo Pepe, metiéndole la tira que le salía por encima del cuello.

—¡Déjate de corbatas y de simplezas!—gritó Coppa fulminando con la mirada a su cuñado; después le dió un empujón—. ¡Andando! En un momento los arreglaré yo a esos, sin necesidad de bastón.

Y echó a andar con Pepe, rabioso, y exclamando a menudo:

—¿Ah, sí?... Espera, espera. Dime a mí, ahora, que no ha de entrar nadie en casa de Alcozer... ¡Yo voy a entrar!... ¿Impedírmelo tú? Ya verás, ya verás...

Pepe iba a su lado como un perrillo. Próximo a la casa de Alcozer, miró, y dijo quedamente a su cuñado, palideciendo:

—Ahí está con sus secuaces.

—Sigue adelante, sin mirar—le ordenó Ciro.

—Los cinco están—agregó Pepe, bajando aun más la voz.

Allí estaba apostado, en efecto, Mauro Salvo; sus hermanos y sus primos se mantenían algo distanciados de él. En cuanto Mauro vió a Pepe en compañía de Coppa, se destacó de la pared en que estaba apoyado, sacó una mano del bolsillo y fué a su encuentro, despacio, mirando a Ciro, a quien se dirigió, parándose en medio de la calle:

—Con su permiso: tengo que decir dos palabras a Pepe.

Ciro se allegó a él, y mirándole muy de cerca, con las cejas fruncidas y las mandíbulas convulsas, se tiró con dos dedos del labio inferior, y dijo:

—Por el momento soy yo quien está hablando con Pepe, y no permito que le hable nadie. Se lo digo a usted, y a sus parientes, que están ahí esperando. Si quiere usted decirme a mí esas dos palabras, estoy a sus órdenes.

—Agradecido siempre, don Ciro—contestó Mauro, metiéndose la otra mano en el bolsillo y empujándose sobre las puntas de los pies, como si para tragarse su retirada tuviera necesidad de empujarse de aquel modo—. Hasta otra vez, con su permiso: sobra tiempo.

Y se alejó.

## XVII

Borrascoso, tempestuoso había sido aquel día en casa de don Diego.

Estrellita tuvo por la mañana una violenta explosión de ira contra el marido, el cual, desde que empezó su convalecencia, estaba insoportable. Escribió ella a su padre, diciéndole que fuera inmediatamente a buscarla, pues, de lo contrario, se tiraría por el balcón. Don Marcantonio había acudido furioso, con su mujer, y con el decidido propósito de imponer a su hija el respeto más devoto al marido, y a Pepe Alletto la prohibición terminante de frecuentar la casa de don Diego.

Ciro Coppa y Pepe, al entrar en la sala, hallaron a Estrellita llorando, medio echada en el sofá. A su lado estaba sentada doña Rosa, con los ojos bajos, apretados los labios y las manos cruzadas sobre el pacífico vientre. Don Marcantonio paseaba con las manos en la espalda, prorrumpiendo en improperios contra su hija, de manera que lo oyese don Diego, encerrado en la alcoba. Al ver a Coppa dejó en el acto de gritar, y fué presuroso a su encuentro:

—¡Estimadísimo señor! ¡Cuánta honra!... Buenas, don Pepe... Rosa, es el señor abogado Coppa... Lamento que... Estrellita, hija mía, mira: es don Ciro, que se digna visitarnos... Lamento,



señor Coppa, que haya llegado precisamente en un momento... Disgustillos, ¿sabe?, disgustillos de familia... Una nubecilla pasajera... Siéntese...

Perplejo ante aquella acogida lacrimosa, Coppa dijo, sentándose:

—Ruego a esta señora que perdone mi involuntaria inoportunidad.

—¿Cómo inoportunidad?—exclamó sonriendo Raví.

Ciro le interrumpió, mirándole sereno:

—Le ruego que deje hablar a la señora, que es la más interesada en esto.

Estrellita se quitó de la cara el pañuelo, miró confusa, y con los ojos enrojecidos por el llanto, a Coppa, y balbuceó vacilante:

—Yo no sé...

—Pero no, señor—trató de intervenir nuevamente don Marcantonio.

—Déjeme usted explicar—le atajó secamente Giro—. Yo me he fiado de Pepe, en lo que tal vez he hecho mal. Cierto es, sin embargo, que he impedido un probable alboroto bajo las ventanas... No suponía que con mi intervención iba a ocasionar un disgusto a la señora...

Pepe, comprendiendo al fin el error de su cuñado, se movió en su silla, rojo como una amapola, y dijo:

—No, Giro... Tú no tienes que ver... Ese asunto es solamente mío.

—Sírvase escucharme—intervino ya resuelta-mente don Marcantonio—. No ha sido usted... Se trata de un insignificante enfado habido esta mañana entre marido y mujer. Cosas que ocurren, ya sabe usted: "Yo quiero esto; yo, no..." ¿Ha

comprendido? Y toda la culpa ha sido de mi hija... Sí, sí, se lo diré cien veces; es inútil que llores, hija mía. Puedes estar llorando hasta mañana. Soy tu padre, y debo decirte la verdad. ¿No tengo razón, don Giro? Me parece que hasta aquí la tengo. Yo digo: prudencia y obediencia; esto es lo que le corresponde a una mujer buena. Y además, un poco de consideración, por Dios. Mi yerno, señor Coppa, acaba de salir de una gravísima enfermedad; no ha muerto, porque verdaderamente no ha querido morir. Ahora, en la convalecencia, está un poco fastidiosillo; es natural. Hay que complacerle.

—Yo no hablo...—dijo Estrellita sollozando, sin descubrirse la cara—. Hablas tú, y quién sabe lo que haces que crean de mí... Pero si la gente supiese... ¡Dios mío! ¡No puedo más!...

Ciro, al oír esto, se levantó, henchido, y casi desbordante de cólera y emoción.

—Pues habla, habla... ¿Por qué no hablas?—in-crepó, irritado, Raví a su hija.

—Porque no soy como tú—replicó, pronta, Estrellita, con la voz sofocada por el llanto.

—¿Y cómo soy yo, ingrata, cómo soy yo?—vociferó don Marcantonio—. ¿Pensé acaso en mí? ¿Qué es lo que yo he sacado? Dímelo... ¿No pensé en tu bien? Contesta.

—Sí, sí...—sollozó Estrellita—. Ya comprenderá la gente que lo hiciste por mi bien, cuando vaya algún día a recogerme estrellada en la calle.

—¿La oye usted, don Giro? ¿La oye usted? ¿Pueden decirse tales cosas a un padre, que por ella...?

—¿Por mí, qué?—le interrumpió Estrellita con los puños crispados sobre el sofá y mostrando

por fin el rostro, lleno de lágrimas—. Tú me cerraste a pan y agua.

—¿Yo?

—Tú: para obligarme a casarme con quien es más viejo que tú. Y aquí está mamá, que puede atestiguarlo. Di tú, mamá, si no es verdad. Y allí están las vecinas, todo el vecindario: muchas bocas que tú no puedes cerrar... Y yo te vengo rogando, implorando, todos los días, que me saques de aquí. ¡No quiero seguir en esta casa! Y si no me sacas pronto, ya verás lo que hago.

—¿Lo oye usted, don Pepe?—exclamó don Marcantonio, aturdido—. Este es el pago. Hable usted...

Pepe se movió de nuevo en la silla, sin saber qué hacer. En esto, en la alcoba de don Diego resonaron dos violentos estornudos.

—¡Dios le ayude! ¡Jesús!—le gritó don Marcantonio con un gesto de muy cómica ira, añadiendo en voz baja—: ¡Ojalá revientes!

Sonrieron todos, menos Coppa, ante semejante salida.

—Señores—dijo entonces Ciro en tono grave—: sin propósitos violentos, hay un remedio para todo: la ley.

—¿Pero qué ley, mi estimadísimo señor?—exclamó don Marcantonio.

—Le digo que la ley, y basta—contestó Ciro, que no admitía réplicas, ni siquiera en casa ajena.

—Está la ley, lo sé—dijo humilde don Marcantonio—. Pero estas cosillas se arreglan por las buenas, si no hoy, mañana...

—Eso—replicó Ciro—, no le corresponde a usted decirlo.

—¿Cómo que no me corresponde? Yo soy el padre.

—La ley no admite padres que cometan sevicia con sus hijas, para obligarlas a casarse contra su voluntad y su inclinación. Esto, si usted no lo sabe, se lo enseño yo. Señora, si quiere usted aceptar mis servicios, me pongo en todo y para todo a su disposición. Si usted quiere, puede librarse del lazo que le es odioso y recobrar la libertad.

—¿Dónde?—preguntó, perdiendo el tino, Raví—. ¿En mi casa? ¡Locura! ¿Un proceso? ¿Un escándalo público? ¿El descrédito sobre mi nombre honrado? ¡Locura! Le cierro la puerta. Y ella tendrá la libertad de morir de hambre.

—En ese caso—gritó Coppa—, veré lo que he de hacer. Nadie se muere de hambre; y coacciones, ¡ni Dios!

—¿Pero cómo se lo he de decir...?—trató de añadir don Marcantonio.

Sonó un campanillazo, como producido por una mano nerviosa. Raví se interrumpió. Estrellita escapó de la sala, seguida por su madre. Y Pepe, que fué a abrir, se encontró con Mauro Salvo y acompañamiento. Raví se acercó:

—Perdonen, señores... Muy honrados con su presencia...; pero el caso es que...

—Nada, querido don Marcantonio, gracias—dijo Mauro—. Veníamos solamente a saber de don Diego...

—Curado, curado y lleno de vida—se apresuró a responder don Marcantonio.

—Queríamos también saludar a su señora—añadió Salvo—. Pero si no se puede...

—¡No se puede!—dijo Coppa, en un tono que no admitía réplica y mirando fijamente a Mauro—. Marchémonos todos, y no molestemos más.

Y volviéndose a Pepe, agregó:

—Di a esa señora que mañana tendré la honra de venir a verla contigo.

Pepe fué a darle el encargo, y seguidamente salieron todos, sin despedirse de Raví, que se quedó en el umbral, hecho un marmolillo.

En cuanto estuvieron en la calle, Mauro Salvo, echando a andar con sus hermanos y sus primos, dijo, recalcando las palabras:

—Hasta la vista, Pepe.

—No contestes—ordenó a éste *Ciro Coppa*, en voz muy alta, para que lo oyesen los Salvo y los Garofalo.

## XVIII

—¿Está Pepe en casa?—preguntó anhelante don Marcantonio Raví, sin reconocer al pronto a doña Bettina, que había acudido a abrirle la puerta.

—¿Y usted quién es?—preguntó a su vez doña Bettina, irritada por el furioso campanillazo de Raví, mirándole de pies a cabeza.

—¡Oh! Perdóneme, señora mía. Soy Marcantonio Raví, para servirla... Perdome mi premura... ¿Qué le pasará a ese perro que ladra tanto? Tengo que hablar con Pepe de un asunto urgentísimo y de mucha importancia para él y para mí...

—Sírvase pasar—dijo doña Bettina algo apaciguada, pero muy molesta al ver entrar en la casa a aquel hombre, de traje no bien cepillado y zapatos poco limpios.

—Creo que todavía está en la cama... Voy a llamarle.

Don Marcantonio se puso a pasear, agitado, por la habitación; Pepe no tardó en presentarse, restregándose las manos vellosas, amartadas por el frío y con la cara recién lavada y secada de prisa.

—¿Qué pasa?

—Querido don Pepe, dígame pronto qué intenciones tiene su cuñado. Estoy en ascuas. No he

cerrado los ojos en toda la noche. Y estoy enojadísimo con usted.

—¿Conmigo?

—Claro que sí. Déjeme que se lo diga o reviento. ¿Cómo se le ocurrió a usted llevar a ese energúmeno, a ese dejado de la mano de Dios, a casa de mi hija?

—¿Yo?—replicó Pepe—. Que él quiso ir.

—¿Para llevar la guerra y el fuego a casa? Dígame en seguida qué es lo que se propone.

Pepe hizo protestas de no saber nada; se lamentó también él de lo que había dicho Ciro en casa de Alcozer, y añadió que hubiese querido hallar un pretexto para impedir que su cuñado volviese a visitar a Estrellita.

—¡Búsquelo, don Pepe!—exclamó Raví—. ¡Búsquelo, por amor de Dios! Lo he creído a usted un ingrato; pero me arrepiento. Creí que se había puesto usted de acuerdo con su cuñado para arruinar a mi hija. Me he equivocado. Realmente hubiera sido también la ruina de usted. Hablemos claramente; hágasele entender así a ese loco furioso, dígale de qué se trata..., por usted... Mi hija no necesita más que otro impulso como el de ayer, para echarlo todo a rodar, se lo aseguro. Se ha enardecido al saber que la ley puede ampararla y emanciparla. ¡Ah, si la hubiese visto usted anoche, cuando se fueron ustedes!... “¿Sabes lo que significa una libertad así?”—le dije—. ¿Qué esperas? ¿Adónde irías?” Traté de convencerla por las buenas; hasta llegué a decirle que sabía cuál era su inclinación, y le recomendé, por su felicidad, que tuviese prudencia y paciencia... ¿Que son uno o dos años? Si me dijese que ha-

bía de llevar la vida del más miserable, aherrojado como un esclavo, dos, cinco años, y que después, en recompensa, sería rico y libre, ¿no lo aceptaría acaso? ¿Y quién no lo aceptaría? Esto no es un sacrificio. Yo entiendo que el sacrificio es cuando no se ha de obtener compensación alguna. Yo, por ejemplo, he hecho un sacrificio en dar a mi hija a un viejo, únicamente por el bien de ella. Más aun: si mi sangre hubiera sido de oro, me hubiera abierto las venas para hacerla rica y feliz. Y ella, ingrata... En fin: “Hija mía—le dije—, si no te conduces como te digo, ¿cómo quieres que tu sueño llegue a ser una realidad?...” ¿Comprende usted, don Pepe, lo que le he tenido que decir? Y usted viene a echarlo todo a perder, trayéndome a casa a ese endiablado penden-ciero... Pero todavía hay algo peor. Verá: mi hija, ahora, por lo menos así me lo parece, también está enojada con usted, por sospechar que se ha puesto usted de acuerdo conmigo para hacerla casar con el viejo.

—¿Yo?—exclamó Pepe, enrojando hasta el blanco de los ojos—. ¿Y cómo hubiera podido yo...?

—Le he defendido—le interrumpió Marcantonio para tranquilizarle—. Le he defendido, hablando en general..., porque el nombre de usted, sépalo bien, no salió a relucir... Graves pecados debo yo de tener sin saberlo, sobre la conciencia, cuando el Señor no me ha querido hacer la merced de retirar del comercio de este mundo esa averiada mercancía de setenta y dos años; ayer me encontré con el médico que le asistió y salvó, y no pude reprimir el decirle: “¡Me ha hecho usted una bo-

nita obra!" En fin, don Pepe, entendámonos: he venido para abrir a usted los ojos; mire que su cuñado tiende a arruinarle. Repito que le haga usted ver, como dos y dos son cuatro, de qué se trata. En resumidas cuentas, ¿de qué pueden acusarme? ¿De querer hacer, primeramente la fortuna, y después la felicidad de mi hija? No es un delito. Soy más bien el dios de los padres. Le saludo, don Pepe, y me recomiendo a usted...

Alletto se quedó presa de una agitación vivísima y con una secreta indignación contra Estrellita. ¿Cómo? O ella no le quería o no comprendía que al rebelarse ahora lo echaba todo a perder. ¿Era más fuerte que su amor hacia él el odio hacia el viejo marido?

Y si había surgido ahora en ella la sospecha de un acuerdo entre el amante y el padre, ¿no se habría trocado en odio el amor, no le despreciaría a él también? ¿Qué hacer? Le iluminó una idea: ¡Raptarla! Y se presentó en un instante la fuga, la liberación de la amada... ¿Pero y después? ¡Locuras!... La libertad... ¿Y si Estrellita anhelaba la libertad pensando en Salvo? ¿No lo habría expulsado a él, a Pepe, del corazón de Estrellita la sospecha de crearle concertado con el padre para sacrificarla?

Parecía que iba a volverse loco. Lleno de confusión y de temores, pensaba: ¡Quiere liberarse del marido! ¿Pero cómo, si su padre no la quiere en casa y yo no puedo hacer nada por ella? ¿Piensa en otro, acaso, que podría libertarla? ¿Y he de aconsejarle yo paciencia? Ella misma debería aconsejármela, si verdaderamente me quiere... ¿Luego no me quiere ya?

Pero cómo, si anteayer...

Asaltóle otro pensamiento: que Mauro Salvo hubiese escrito a Estrellita alguna carta insinuándole la sospecha del acuerdo para vengarse. ¡Capaz era de esto aquel bellaco! ¡Sí, sí!... Pero yo debo convincentemente demostrarle que es una calumnia lo del tal acuerdo. Me declararé abiertamente en contra de Ravi. Suplicaré encarecidamente a Ciro que me proporcione un empleo, y entonces...

Decidió ir en el acto a casa de su cuñado; pero le contuvo otro pensamiento. Aquel día, Mauro Salvo le andaría buscando, encolerizado, por la población, como un cazador enardecido en medio de su jauría. Se puso entonces a reflexionar respecto al camino por el que sería prudente ir a casa de Coppa, burlando la vigilancia del rival.

## XIX

En estas reflexiones estaba, cuando, inopinadamente, se encontró ante Ciro en persona. ¿Ciro en aquella casa?

Doña Bettina se había quedado como fulminada al verlo, y no había acertado a decirle nada. Ciro se había introducido sin saludarla siquiera.

—¿Tú aquí?—exclamó Pepe, estupefacto al verle—. ¿Quién te ha abierto la puerta?

—Tu madre, que se ha quedado como si hubiera visto a un bandolero—le contestó Ciro, sombrío.

—Eso, no...; pero...—quiso excusar a su madre Pepe.

Ciro le interrumpió:

—Ella es una vieja, y la disculpo; tú eres un tonto, y por eso te asombras de mi visita. Bueno. ¿Todavía no estás vestido? ¿Qué esperas? ¡Vístete y vamos!

—¿A casa de la señora de Alcozer? ¿No te parece pronto?

—No. Vamos de asuntos, no de visita. Vístete delante de mí, porque si no, serías capaz de tardar dos horas.

—Cinco minutos—dijo Pepe—. Ven.

Pasaron a la alcoba, y Ciro, a la vista de las dos camas gemelas, hizo un gesto irónico.

—Sí..., ya...—suspiró Pepe—. Pero, mamá... ¿Has hablado de asuntos? No comprendo...

—¡Sí, asuntos!—exclamó bruscamente Ciro—. Desde ayer estoy pensando en ellos...

—¿Con la señora de Alcozer?—preguntó Pepe, tímido, tras la pechera de la camisa que se estaba poniendo.

—Con ella precisamente, no. He pensado en su caso. Es una infamia, que se necesita reparar a toda costa.

—Ciertísimo. Pero... ¿cómo? Perdona...

—Vístete. No hay que perder tiempo.

—Sí, sí... ¿Pero no oíste al padre anoche?

—Me importa un rábano—contestó Coppa—. Le aplastaré como a un sapo con la ley.

—Así será—concedió Pepe—. Pero, perdona...; permíteme... ¿Querías tal vez que se anulase el matrimonio?

—Eso es cuenta mía. Y de todos modos, dependerá de ella, de esa señora.

—Perfectamente—consintió de nuevo Pepe—. Pero... ¿y después?

—Es cuenta mía, te repito. Vístete.

Pepe quedó de pronto deslumbrado por una idea luminosa, y miró, gozosamente, a su cuñado; después continuó vistiéndose muy de prisa, descuidadamente, como nunca le había ocurrido.

“¿Por qué no?—pensaba—. También es capaz de esto, es capaz de todo, hasta de proporcionarse una satisfacción, hasta de aplastar, como él dice, a Raví y a Mauro Salvo. ¿Ha decidido defenderme? Me defenderá hasta lo último. No es hombre que hace las cosas a medias; así, no le basta triunfar; quiere supertriunfar. ¡Oh, Dios, de ese modo Estrellita sería mía! Y después..., después él pensará por mí...”

Como respuesta al tácito pensamiento de Pepe, dijo Ciro:

—¿Que el padre no la recibirá en su casa? Nada me importa. Por el momento, ahí está mi hermana Rosario con sus tocas; es superiora de Santa Ana, y podrá tenerla en el colegio hasta que se terminen las cosas. Después se proveerá. Y si lo quiere ella, en mi casa.

—¿En tu casa?—exclamó Pepe, riendo.

—Querido, si te parece mal, ¿qué voy a hacerle?

—No, no...—se apresuró a negar Pepe—. Por mí, figúrate...

—¿Lo dices entonces por tu madre?

—Tampoco. Verás cómo mamá, la pobrecilla, se amolda a la necesidad de las cosas.

—Me alegro—replicó Ciro—. ¿Comprendes tú también que tengo necesidad de una mujer en casa? No te creí capaz de tanto. Te repito que he pensado en esto toda la noche... Me es imprescindible necesario una mujer en casa, que atienda, por lo menos, a los chicos. Yo no puedo condenarme a ser su ayo para toda la vida; ya estoy cansado; tengo, además, que atender a mi profesión. De este modo, si ella quiere, mato dos pájaros de un tiro: hago una buena acción y me hago un favor.

—¡Muy bien, muy bien!—aprobó Pepe en el colmo de la alegría—. ¡Ya verás qué mujer, qué buena es!

—¿De modo que lo apruebas?

—¿Y cómo no? Pero perdóname otro ruego, querido Ciro—se aventuró a añadir Pepe, ya vestido—. Quisiera que, después, pensaras también en mí: un empleillo..., para no vivir completamen-

te a tu costa, como un parásito... Entonces sería yo en absoluto dichoso...

—Lo pensaré, lo pensaré..., no lo dudes—contestó Ciro abstraído—. Vamos ya...

Encontraron, esta vez, en casa de Alcozer a Mauro Salvo y Fifo Garofalo, que habían llegado deliberadamente antes de la hora acostumbrada, con el pretexto de hacer una visita al convaleciente. Estrellita, a la llegada de Coppa y Pepe, pudo desembarazarse de aquéllos, llevándoles al cuarto de don Diego.

Volvió en seguida, y con una sonrisa, dijo:

—Ya estamos solos. Siéntese, don Ciro, y usted también, Pepe...

Parecía que Ciro se había quedado sin lengua: miraba a Estrellita, que se le presentaba muy diferente del día anterior; y como si sus manos fueran en aquel momento un gran estorbo, no sabía dónde meterlas: de los bolsillos del pantalón se las llevó a los del chaleco, después a los de la americana; por fin, al sentarse, tras haber balbucido las gracias, se las puso sobre las rodillas, y comenzó a hablar con los ojos bajos:

—Verá usted, señora: no tengo la honra de conocer el concepto que tenga usted de mí, de mi carácter. Crea que la fama que me han dado no corresponde en modo alguno a mi verdadera e íntima condición: parezco altanero, solamente porque no admito imposiciones ni de mis semejantes, ni de los prejuicios del país, ni de las costumbres que cada hombre tienda a contraer; imposiciones, ni de Dios; parezco, por consiguiente, un tipo raro, sólo porque quiero ser libre, en medio de tanta gente que es esclava o de si mis-

ma o de los demás, como por ejemplo mi cuñado Pepe.

—¿Yo?—exclamó éste, sobresaltado, tanto más cuando que estaba siguiendo atentamente la peroración, de la que no veía ni la oportunidad ni el fin, sin perjuicio de admirar la elocuencia del abogado.

—Esclavo de ti mismo y de los demás—se rati-  
ficó Ciro con serena, tranquila firmeza, mientras  
que Estrellita reía—. Se puede ser pobre y libre  
al mismo tiempo. No lo cree así, o no parece creer-  
lo, su padre de usted. Pero cada cual entiende a  
su manera la vida. En cuanto a mí, repito, no tra-  
to de imponerme: hago siempre lo que debo, y sé  
siempre lo que hago. Todo esto es para decirle  
que, impresionado vivamente por la escena de  
ayer y por las palabras de usted, he reflexiona-  
do largamente, y he considerado el caso de usted  
en todos los aspectos...

—Se lo agradezco—dijo Estrellita, inclinando la  
cabeza.

—Me lo agradecerá usted luego—replicó Ciro—.  
Mientras tanto, le confirmo lo que tuve la honra  
de decirle ayer: que puede usted, cuando quiera,  
desligarse del matrimonio, al que fué obligada  
con sevicia. Podemos aducir las pruebas; tene-  
mos, si no he entendido mal, muchos testimonios;  
pero aun cuando no tuviéramos ninguno, bastará,  
creo, presentar ante el tribunal a su señor mari-  
do, perdóneme, testimonio clarísimo de la vio-  
lencia empleada. Lo que a este respecto dijo us-  
ted misma ayer y lo que Pepe me ha dicho, me  
autoriza a hablar así. En suma, yo doy a usted  
por hecho, sin duda alguna, el aludido desliga-

miento, y me pongo de nuevo, tras madura refle-  
xión, en todo y para todo a sus órdenes; tengo, us-  
ted lo sabe, una hermana monja, la superiora del  
Colegio de Santa Ana, donde podría usted alber-  
garse temporalmente; después, terminado el asun-  
to, decidiría usted lo que deba hacer.

Pepe asentía con la cabeza, mirando a Estre-  
llita, que escuchaba, pensativa, con la mirada en  
el cielo.

—Naturalmente—concluyó Ciro—, yo no puedo  
pretender que me dé usted una pronta respuesta;  
no sería prudente por su parte. Piénselo, y des-  
pués, de aquí un mes, o cuando sea, cuando haya  
considerado bien el pro y el contra, me dirá si  
acepta o no. Yo, si usted me lo permite, tendré  
la honra de frecuentar su casa en compañía de  
nuestro Pepe; o si no, una esquelita con una pa-  
labra: "Sí", e inmediatamente me pondré al asun-  
to. ¿Estamos de acuerdo?